

La información representa poder.

Poder económico, social, político, humano... El poder para manejar recursos, para generar bienestar, para controlar vidas...

Y un poder tan grande siempre está en manos de unos pocos. Muy pocas veces se comparte.

Desde el amanecer de los tiempos, la información permitió comprender los ritmos de la naturaleza y aprovechar sus recursos. Fue entonces cuando los campos dieron a luz enormes cosechas, los ríos fueron domados y canalizados, las rocas y el adobe se elevaron en murallas, pirámides y *zigurats*, las enfermedades comenzaron a ser curadas y el hierro y el vidrio comenzaron a ser modelados. Toda esa información fue cuidadosamente protegida por minorías privilegiadas: chamanes, jefes y maestros artesanos.

Con el surgimiento de las ciudades y la progresiva complejización de las estructuras sociales, surgió la escritura como una herramienta necesaria para la organización del trabajo, los excedentes y las riquezas, o quizás para la preservación de una naciente pirámide social que se perpetuaría por siglos. Los cotizados escribas administraron los recursos humanos y materiales disponibles (dirigiendo los beneficios a las arcas de los ricos), escribieron historias (según la versión de los vencedores), proclamaron la excelencia de las castas gobernantes, loaron a los héroes y los dioses oficiales y anotaron las leyes del cielo y de la tierra, es decir, las normas que debían regir en esta vida y en la del Más Allá.

La escritura conservó para la posteridad una parte -mínima- del conocimiento humano, pero al mismo tiempo creó una de las barreras más implacables que ha sufrido el hombre: el analfabetismo. Los canales orales siguieron funcionando (hasta la actualidad) pero el conocimiento y la información estratégica se encerraron para siempre en el misterio de los signos escritos. En consecuencia, conocer la escritura y controlar la información significó poder: el poder que posee el que sabe.

Hasta el nacimiento de los sistemas de impresión, la información se mantuvo codificada en las tiras de fibras de los sacerdotes mayas y aztecas, en los códices de pergamino de los monasterios europeos, en los manuscritos islámicos y judíos, en las tablillas de bambú del Asia sudoriental o en las bandas de seda chinas. El resto continuó transmitiéndose de boca en boca, de generación en generación, e incluso así, el conocimiento oral más valioso quedaba en manos de algunos elegidos.

El saber permitió la mejora de técnicas de navegación y medicina que llevaron al descubrimiento de nuevos horizontes externos e internos; permitió el desarrollo de ingenios y artefactos que mejoraron la agricultura y la industria; permitió el crecimiento y el progreso económico... Pero también permitió la creación de armas que mataran en forma más eficiente. Todo aquello que tiene un lado luminoso tiene también un lado oscuro, y el saber no iba a ser la excepción.

Con la imprenta el conocimiento se liberó, los libros llegaron a millones de manos y con ellos se difundió el placer de la lectura y las posibilidades de la escritura. Leer significó expresar y aprehender ideas nuevas, ejercer derechos y libertades, cortar cadenas, aflojar mordazas... Sin embargo, la información realmente importante continuó en manos de minorías cultas: los científicos, los filósofos, los aristócratas...

Las clepsidras de la historia derramaron sus aguas lenta e inexorablemente. El mundo presenció revoluciones sociales e industriales, guerras sin sentido, maravillosos descubrimientos, hambre y muerte, plagas y enfermedades, hongos nucleares y manifestaciones por la paz, monstruos vencidos y fantasmas por vencer... De una forma o de otra, el saber jugó un papel crucial en todos esos acontecimientos. Y, de una forma o de

otra, tal saber estuvo siempre en manos de unos pocos. El progreso, el desarrollo, el “Primer Mundo”, la riqueza, el bienestar y el crecimiento sólo beneficiaron a una minoría: una enorme mayoría continuó del otro lado del gran muro de la educación, de la alfabetización, de la (in)formación, conservando a duras penas identidades y culturas e intentando sobrevivir en un mundo que los dejaba atrás, siempre atrás y abajo.

Hoy la información se ha convertido en un bien de consumo, el eje en torno al cual gira el actual paradigma socio-económico: la “Sociedad del Conocimiento”. La (r)evolución digital y el desarrollo diario de las tecnologías de telecomunicación permiten recuperar, almacenar y manejar conocimiento, permiten estar en contacto permanente, veloz y directo con puntos lejanos del planeta y permiten llevar una biblioteca en el bolsillo, en una sencilla chapa de plástico.

Pero, a pesar de tantos descubrimientos y creaciones y de tantas nuevas puertas abiertas, el sistema y la estructura siguen igual: poco ha cambiado. Aún hay informados y desinformados, aún hay pueblos enteros condenados a la ignorancia y al silencio, aún hay analfabetos, aún hay ricos y pobres. Sólo han cambiado las etiquetas y los actores. La “Sociedad del Conocimiento” ha generado nuevos núcleos de poder, ha creado nuevas brechas y diferencias y ha inventado nuevos analfabetismos. Una gran parte del mundo continúa a la sombra del desarrollo social y del progreso mientras los poderosos de siempre -a pesar de sus discursos- mantienen el poder en sus manos y las compañías multinacionales ponen precio al saber valioso (medicina, biología, ingeniería, agricultura, genética, informática, telecomunicaciones) y alimenta sus cuentas bancarias.

La información pasó a ser propiedad de aquel que puede pagarla. Los férreos derechos de autor hacen que incluso el arte y la literatura sean para los que puedan comprarlos y que la libre difusión se convierta en algo casi ilegal. El conocimiento disponible en las redes digitales -abundante en cantidad y diverso en calidad- solo puede ser accedido por aquellos que dispongan de la tecnología y los conocimientos adecuados.

El poder de la información sigue estando en manos de unos pocos, y los mecanismos que reproducen este sistema se han vuelto muy sutiles. Las sociedades pobres, desventajadas, dejadas atrás (porque para que exista el poder y el poderoso debe existir su contraparte) siguen aquí, junto a nosotros, entre nosotros, con nosotros.

Por nosotros.

El bibliotecario ha sido testigo de todo este largo proceso desde que se escribió el primer signo sobre una tableta de arcilla o un papiro. El rol de la biblioteca ha ido cambiando a lo largo de los siglos, adaptándose flexiblemente a las necesidades de aquellos a quienes sirvió. De mero depósito de documentos pasó a ser nido de intelectuales, refugio de clásicos en edades oscuras, escaparate de tesoros adornados, fuente de saber básico, apoyo al desarrollo y gestora de memorias. Muchas veces ha sido cómplice del poderoso y lo ha servido. Muchas otras ha luchado por la alfabetización y la difusión del conocimiento, por la libre expresión y el libre acceso al saber, por la igualdad y la solidaridad.

El bibliotecario pocas veces ha sido consciente del poder que descansa en sus manos y de la inmensa responsabilidad que significa gestionarlo. Inmerso en sus actividades tradicionales de conservación y organización, mareado quizás por los cambios vertiginosos que le han traído los nuevos tiempos, el bibliotecario parece no darse cuenta del importantísimo rol que puede jugar en la sociedad actual.

Puede garantizar libertades y derechos humanos, tales como educación, información, libre expresión, identidad, trabajo... Puede proporcionar herramientas para la solución de

problemas de salud, violencia, adicciones y nutrición... Puede borrar todo tipo de analfabetismo, puede recuperar tradición oral, puede difundir conocimientos perdidos y recuperar lenguas en peligro.... Puede luchar contra el racismo y la discriminación, puede enseñar la tolerancia y el respeto, puede facilitar la integración en sociedades multiculturales... Puede dar voz a los que son mantenidos en silencio, fuerzas a los caídos, manos a los débiles... Puede demostrar la igualdad de todos los seres humanos, de todos los sexos, edades, credos y razas... Puede difundir la solidaridad y la fraternidad, puede contar la historia de los vencidos, puede expresar las facetas mínimas de una maravillosa diversidad humana, puede perpetuar memorias insignificantes y grandiosas... Puede difundir el acceso abierto, puede liberar información de sus cadenas comerciales...

Puede lograr que, por una vez en la historia, el poder no permanezca en las manos de unos pocos. Puede lograr cierto equilibrio. Puede derribar murallas y tender puentes. Puede hacer que los hombres logren mirarse a los ojos de igual a igual.

En realidad, no *puede* hacerlo. *Debe* hacerlo.

Esta Guía demuestra claramente que muchos bibliotecarios ya han reconocido ese poder y ese deber y han asumido un rol social activo, creativo, imaginativo, consecuente y solidario. Demuestra que muchos han despertado de un sueño de siglos, han derribado los muros de sus bibliotecas, han desencadenado los estantes y han hecho llegar libros y saber a cada rincón de sus comunidades. Demuestra que muchos bibliotecarios gritan y sueñan, reconocen la dolorosa realidad que los rodea y buscan soluciones para los problemas y las necesidades de sus usuarios trabajando a su lado... La autora muestra en este texto que muchos se organizan, investigan, proponen, construyen, dialogan... Muestra que muchos se manifiestan, protestan, se quejan y convierten sus lugares de trabajo y sus vidas en verdaderas trincheras, peleando por sus ideales: paz, justicia, libertad, igualdad, esperanza...

Esta Guía demuestra que *la utopía no ha muerto*. Y mientras exista la utopía, existirán motivos para seguir adelante.

Como bibliotecario y como anarquista, confío y deseo que las palabras y la información que mi amiga y colega Toni Samek libera y difunde en estas páginas logren reventar los muros y derretir las cadenas de miles de mentes, y empujen a muchos a comprometerse en esta lucha sin armas.

La lucha por la libertad.

Edgardo Civallero

Córdoba (Argentina), invierno austral del 2006